

DEL *HAPPY LAND* Y OTROS BARES DEL PUERTO

The Happy Land and other bars of port

MANUEL ZANUTELLI ROSAS ¹



Paseo Garibaldi (Hoy, final de la Avenida Dos de Mayo), Callao, 1955.

RESUMEN

El autor recrea la vida nocturna y disipada en los bares del puerto El Callao: sus hábitos, sus protagonistas, su música, su mundo. Y, lo hace con nostalgia, como un estilo de vida que se fue.

Palabras claves: Callao, bar, cantina, marineros.

ABSTRACT

The author recreates the night and dissipated life in the bars of the El Callao port: its regular customers, its protagonists, their music and their world. And it does so with nostalgia, as a way of life that was.

Key words: Callao, bar, canteen, sailors.

En el jirón Ayacucho, muy cerca al Paseo Garibaldi, estaba el *Happy Land*, el *dancing* más mentado del Callao, y junto a él, con sus luces deslumbrantes y puertas de vaivén, el *Blue Moon* y el *Blue Star*, que marcaron toda una época en los últimos años de la década de 1940 y primeros de los años 1950's.

La plazuela o paseo era un lugar muy frecuentado: en sus tres cuerdas había una bodega, la cantina de la familia japonesa Heshiki, el jardín Schiantarelli y el consultorio

¹ Autor de varios libros y numerosos artículos sobre la historia del Perú, el periodismo y las costumbres del país.

del médico Luis Cademártori. Agencias de aduana y el paradero del ómnibus Lima-Callao fueron también parte de su entorno. Más allá, en la calle América, se encontraban el colegio María Auxiliadora y el cine Dos de Mayo.

El *Happy Land* era como la figura estelar con sus canciones de moda, siempre había música, baile y parroquianos, quienes como en el poema de Chocano, unos llegaban de noche y otros se iban de día. Muchachas de buen porte, de diecinueve, veintidós años, quizá un poco más, siempre insinuantes, algunas con los párpados sombreados de violeta y otras con los labios entreabiertos, como para el beso provocador, atendían a quienes iban a disfrutar de su compañía. Hablaban inglés (“inglés de putas”) y bailaban boogie-woogie, blues y música tropical. Se perfumaban con “Sueño Azul”, que sus amigos vaporinos les traían desde Buenos Aires. Vestían faldas ceñidas y blusas provocativamente escotadas. Usaban zapatos de taco alto confeccionados por Abel Cabedueque, en cuero rojo o de otros colores chillones, en su taller de la calle Cuzco del Callao, bar de las despedidas de soltero, con trago abundante y música que las copetineras escogían (un infierno de trompetas, saxos, tumbadoras, tarolas y clarinetes). El novio bebía al “estilo del Callao” hasta la última gota, aunque al día siguiente no le pasara la “resaca” ni con el abundoso caldo de pescado, ni con los cebiches que semejaban el ofertorio de los dioses. Otra forma de afirmar su adiós a la libertad era con una alegre y alborozada cita de amigos, parientes y compinches en el “Cantón”, el chifa de más arraigo social del puerto.

Su nombre, verdadero o falso, estaba en relación con la silueta, el color de los ojos, el matiz de la piel y hasta el ritmo de la voz. Sin alardes cosméticos, en la calle daban su gatazo. Santas no eran, ni tenían por qué serlo. Distantes de

las Hermanas de la Caridad, eran dueñas de la noche, del armonioso sonido de las orquestas, de la risa acompasada de su juventud. Lo que viniera después solo el tiempo o el destino lo sabían y eso no era discutido. Sé historias de soñadores que se enamoraron de ellas y en algunos casos convivieron. Pero era como jugar a la ruleta rusa. O dispararse a los pies.

Buques de todas las naciones: noruegos como el *Gerda Dan*, italianos como el *Antoniotto Usodimare* y el *Amerigo Vespucci*, y motonaves de la Gran Colombiana, como el *Cúcuta* y *Manizales* arribaban al puerto y sus tripulantes buscaban el regocijo bullente de los bares.

Las mamis reunían a los músicos más destacados y a lo mejor de sus pupilas. Eran días de jolgorio y de ganancia, el arribo de las naves significaba dinero, putería, trago, música y baile: la hora suprema de los bares.

Se bebía whisky, menta, capitán, pero las copetineras solo vermouth, cabeceado con té para no caer derrumbadas por el alcohol. Salían a bailar a golpe de rockola rumbas y guarachas o melosos boleros en la voz de Pedro Vargas, Toña la Negra y María Luisa Landín. ¡A un sol el recuerdo, a un sol la alegría o la tristeza! ¡Qué viva la rockola! A veces -sólo a veces- tocaba una orquestina.

Puerto es puerto. ¿Por qué no podía haber una calle con esas características? Además, en ella no existían casas de vecindad; solo era la ruta de tránsito de obreros del Terminal Marítimo, la Aduana y el Resguardo Marítimo. A los bares caían empleados bancarios, funcionarios públicos, agentes de aduana, navieros y toda una comparsa de señores y señorones que iban a matar sus frustraciones. Llegaba de todo. Viejos mezquinos y jóvenes manirroto. La vida nocturna del Callao era así, medio sinuosa, un poco pendejona.

Nave de muchassingladuras, la administradora del Happy Land, nicaragüeña alta y crasa, de ojos embotados y de voz gruesa, tenía buen ojo para escoger a quienes iban a trabajar como damas de la noche. Las malas lenguas decían que el propio marido la metió a la vida. Vivía con un atorrante que se vanagloriaba de haber sido guardaespaldas de un político. Su “trabajo” era cuidarla y ella, apasionada, se dejaba “cuidar”. Como la fulana ya había dado la vuelta a la esquina, sentía celos hasta de su propia sombra. Cierta vez para molestar a su galán las jóvenes de su entorno le gritaron a coro y afinando la voz: “Manteniditooo!”.

Del American Bar hay muchas historias. Una de las copetineras -de cabello leonado, bella y sensual, de apretada cintura y grandes ojos negros- se enamoró del contraamaestre de una motonave de la Grace Line que recaló en el puerto rumbo a Nueva York. El hombre, su hombre, la ceñía con ambas manos cuando bailaban y, entre canción y canción, estructuraban una ilusoria vida juntos que ambos sabían imposible. Era un amor loco el que sentían. Lo divino y lo humano los envolvía en un peligroso estado pasional. Los días sin embargo no siempre son iguales. Él murió en un naufragio, así decían, y ella empezó a embriagarse, por olvidar; historia que nadie creía, pero que todos repetían.

Al bar solían llegar con su vozarrón inconfundible tripulantes de todas las naciones, doctos en los peligros del mar, conocedores de los bajíos de las costas, de los promontorios traicioneros y los vientos contrarios. Contaban impresionantes historias, pero la nostalgia de la tierra lontana los vencía y el aroma salino del tramonto les hacía recordar su vida de navegantes. ¡Aruba, Tobago, Curazao, Bonaire, La Tortuga! Islas de Barlovento, islas de Sotavento.

En el Blue Star reinaban, por decisión absoluta de las mamis, chinas-cholas norteñas, rubias al pomo, zambucas de los Barrios Altos o de Abajo el Puente y blanquitas de abrupta pubescencia. Elena, por ejemplo -retozona, engreída, de esquives y provocaciones-, tenía voz suave y mirada tierna. Todos le hacían promesas y a todos rechazaba.

One cigarette, míster, se oía a los muchachos que lograban ingresar a ese mundo misterioso de humo, alcohol y mujeres. Afuera, los guardiaciviles y los taxistas soportaban la noche que caía rotunda y el frío calaba hasta el alma. Pero la música se escuchaba clarita, como un regalo para matar la morriña. Era la conga “El Alacrán”, de moda entonces:

*Oiga colega no se asombre
cuando vea,
al alacrán cortando caña.
¡Costumbre de mi país, hermano!*

*Sí, sí, cortando caña.
Yo no corto caña,
la corta el viento.
Yo no corto caña...*

A las cinco de la madrugada muy pocos podían sostenerse porque el cuerpo no aguantaba más, y cada quien se retiraba con su pareja (“cada una con su cada uno”).

Un John, un George, un Peter, la mano sobre el hombro de su ocasional compañera, decía, casi dormido:

Norah, beautiful girl.

Entre arrumacos y promesas se iban al Génova o el Italia, hoteles que los viejos pisqueros denominaban mataderos, de escaleras interminables, cuartos espaciosos y discreción asegurada. Lechuceros eternos, los choferes sabían algo de ellas, de sus dichas y

sus miserias, sus alegrías y sus penas y de su vínculo con los fichos, vestidos con tacuches verdosán y zapatos de taco aperillado, sacos de tiro bajo y mocasines lustrados al espejo. Mientras las copetineras salían, gavieros y estibadores daban inicio a su cotidiana tarea al borde de los espigones, con esa despreocupada calma de quienes están acostumbrados al peligro.

En ese tiempo también se pusieron de moda las canciones del trío Los Panchos, conjunto procedente de México que llegó a Lima en los primeros días de junio de 1951; y del argentino Leo Marini, nombre artístico de Alberto Batet Vitali, entre nosotros desde abril del 52. Sin embargo, era grande el entusiasmo por los discos del llamado “El inquieto anacobero” Daniel Santos, puertorriqueño de nacimiento, rey de la guaracha y del bolero y borracho por convicción. Su contemporáneo Bienvenido Granda era como él, un ídolo; le decían por sus grandes mostachos “El bigote que canta”. El negro era un perito en tristezas, un involuntario catalizador de depresivos, el maestro del desconsuelo y la aflicción. Su bolero más conocido se titulaba precisamente “Angustia” y decía:

*Angustia de no tenerte a ti,
tormento de no tener tu amor.
Angustia de no besarte más,
nostalgia de no escuchar tu voz.
Nunca podré olvidar
nuestras noches junto al mar.
Contigo se fue toda ilusión,
la angustia llenó mi corazón.*

Popularizó asimismo, con su voz gruesa y pausada, el bolero “Por dos caminos”:

*Soñaba un mundo de felicidad
al encontrarnos;*

*pero el impulso de tu vanidad
nos fue alejando.*

*Me quieres tú,
te adoro yo,
pero el orgullo
nos venció a los dos.*

Esta música, simple y sentimental, era relacionada por aquellas mujeres con su propia vida. Ha pasado el tiempo y en esa calle -ancha, bulliciosa, llena de música- todo es silencio. No queda nada de los viejos *dancings* ni de sus salas de baile, donde al compás de un clarinete, de un saxo y un piano se bailaba hasta el amanecer sobre pisos de loseta regados de aserrín. De allí salió Mori, clarinetista eximio y director de orquesta; de allí salió Chauca, voz y alegría de la Good Day Jazz.

Ahora solo hay sombras, ni rastros del viejo pasado de rockolas y horas alegres. Se esfumaron el reinado de Elena, Norah, la judía Noemí y una muchachita norteña de quien nunca se supo ni su nombre, porque unos la conocían como Edith y otros la llamaban Patty. ¡Adiós, calles mal venidas del puerto!

En la séptima cuadra de la calle Constitución con Tarapacá se había hecho popular la cantina-bar de Lucho Rospigliosi. Amigos navegantes solían llevarle lo último de la música tropical que adquirirían en los puertos de arribada. Allí se juntaba gente cumbiambera, hombres de mar ancha y viajes de altura, que se sentían como en su barco y entre canción y canción -entre disco y disco- reavivaban recuerdos próximos y lejanos.

Los bares no son ni buenos ni malos, simplemente son como son. Un lugar para divertirse y pasar las horas, como sucedía en el *Sweet Bar* de la calle Gálvez; el *Bar de los*

Marítimos, de la primera cuadra de Manco Cápac; el *Bar Lima*, y el *Bar Europa*; todos ellos con sus particulares características.

Allí nomás, entre las calles Gálvez y La Misión estaba la Iglesia Matriz; los domingos se repletaba de gente, sobre todo de feligresas que trataban de conquistar la mirada del Señor con oraciones y promesas.

Pero todo este ambiente nocharniago pertenece al pasado, un pasado remoto, tremendamente distante, que se pierde como envuelto en la neblina invernal del puerto y en las historias que se esfumaron.

Ese era el Callao de los amores comprados.

CORRESPONDENCIA:

Sr. Manuel Zanutelli Rosas,
e-mail: manuel.zanutelli@yahoo.com